

gan alindados cada uno con su propio aderezo, el caballo con crines, el pájaro con pinturas diversas, y todos con su color natural, y que la mujer, como de peor condicion que las bestias, se tenga á sí misma en tanto grado por fea, que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta? Preciadoras de lo hermoso del rostro, y no cuidadosas de lo feo del corazon; porque sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así las floridas pinturas del rostro son señal y pregon de ramera. Porque los volantes y las diferencias de los tocados, y las invenciones del coger los cabellos, y los visajes que hacen dellos, que no tienen número, y los espejos costosos, á quien se aderezan, para cazar á los que, á manera de niños ignorantes, hincan los ojos en las buenas figuras, cosas son de mujeres *raidas* (a), y tales, que no se engañará quien peor las nombrare, transformadoras de sus caras en máscaras. Dios nos avisa que no atendamos á lo que parece, sino á lo que se encubre (b); porque es lo que se ve temporal, y lo que no, sempiterno; y ellas locamente inventan espejos, adonde, como si fuera alguna cosa loable, se vea artificiosa figura, á cuyo engaño le venia mejor la cubierta y el velo. Que, como cuenta la fábula, á Narciso no le fué útil el haber contemplado su rostro. Y si veda Moises (c) á los hombres que no hagan alguna imagen, compitiendo en el arte con Dios, ¿cómo les será á las mujeres lícito en sus mismas caras formar nuevos gestos en revocacion de lo hecho? Al profeta Samuel cuando Dios le envió á ungir en rey á uno de los hijos de José, pareciéndole que el mas anciano dellos era hermoso y dispuesto, y queriéndole ungir, díjole Dios: —No mires á su rostro ni atiendas á su buena disposicion de ese hombre que le tengo desechado; que el hombre mira á los ojos y Dios tiene cuenta con el corazon (d).—Y así, el Profeta no ungió al hermoso de cuerpo, sino consagró al fiero de ánimo. Pues si la belleza de cuerpo, aun aquella que es natural, tiene Dios en tanto menos que la belleza del alma, ¿qué juzgará de la postiza y fingida el que todo lo falso desecha y aborrece?—En fe caminamos, y no en lo que es evidente á la vista (e).—Manifiestamente nos enseñó en Abraham el Señor que ha de menospreciar quien le siguiere la parentela, la tierra, la hacienda y riquezas y bienes visibles (f). Hizole peregrino, y luego que despreció su natural y el bien que se veia, le llamó amigo suyo; y era Abraham noble en tierra y muy abundante en riqueza, que, como se lee (g), cuando veació á los reyes que prendieron á Lot, armó de sola su casa trescientas y diez y ocho personas. Sola es Ester la que hallamos (h) haberse aderezado sin culpa, porque se hermoseó con misterio y para el Rey, su marido; demás de que aquella su hermosura fué rescate de toda una gente condenada á la muerte; y así, lo que se concluye de todo lo dicho es, que el afeitarse y el hermosearse, á las mujeres hace ramerías y á los

(a) Libres y desvergonzadas.

(b) II, Ad corinth., cap. 4, v. 2.

(c) Exod., cap. 20, v. 4. Deuter., cap. 5, v. 8.

(d) Lib. I Regum, cap. 16, v. 7.

(e) II, Ad corinth., cap. 5, v. 7. (f) Genes., cap. 12, v. 1.

(g) Genes., cap. 14, v. 14. (h) Esther., cap. 5, v. 1.

hombres hace afeminados y adúlteros, como el poeta trágico lo dió bien á entender cuando dijo:

De Frigia vino á Esparta el que juzgara,  
Segun lo dice el cuento de los griegos,  
Las diosas; hermostísimo en vestido,  
En oro reluciente, y rodeado  
De traje barbaresco y peregrino.  
Amó, y partióse así, llevando hurtada  
A quien también le amaba, al monte de Ida,  
Estando Menelao de casa ausente.

«Oh belleza adúltera! El aderezo bárbaro trastornó á toda Grecia. A la honestidad de Lacedemonia corrompió la vestidura, la policía y el rostro. El ornamento excesivo y peregrino hizo ramera á la hija de Júpiter. Mas en aquellos no fué gran maravilla, que no tuvieron maestro que les cercenase los deseos viciosos, ni menos quien les dijese: —No fornicarás ni desearás fornicar; —que es decir: No caminarás al fornicio (i) con el deseo, ni encenderás su apelo con el afeite ni con el exceso del aderezo demasiado.» Hasta aquí son palabras de san Clemente. Y Tertuliano, varon doctísimo y vecino á los apóstoles, dice (l): «Vosotras teneis obligacion de agradar á solos vuestros maridos. Tanto mas los agradeceréis á ellos, cuanto menos procurarédes parecer bien á los otros. Estad seguras. Ninguna á su marido le es fea; cuando la escogió se agradó porque ó sus costumbres ó su figura se la hicieron amable. No piense ninguna que si se compone templadamente la aborrecerá ó desechará su marido, que todos los maridos apetecen lo casto. El marido cristiano no hace caso de la buena figura, porque no se ceba de lo que los gentiles se ceban; el gentil en ser cosa nuestra la tiene por sospechosa, por el mal que de nosotros juzga. Pues dime, tu belleza ¿para quién la aderezas, si ni el gentil la cree ni el cristiano la pide? Para qué te desentrañas por agradar al receloso ó al no deseoso? Y no digo esto por induciros á que seais algunas desalinadas y fieras, ni os persuado el desaseo, sino digo lo que pide la honestidad, el modo, el punto, la templanza con que aderezareis vuestro cuerpo. No habeis de exceder de lo que al aderezo simple y limpio se debe, de lo que agrada al Señor; porque sin duda le ofenden las que se untan con unciones de afeites el rostro, las que manchan con arrebol las mejillas, las que con hollín alcoholan los ojos; porque sin duda les desagrada lo que Dios hace, y arguyen en sí mismas de falta á la obra divina, reprehenden al Artífice que á todos nos hizo. Reprehéndenle, pues le enmiendan, pues le añaden. Que estas añadiduras tómanlas del contrario de Dios, esto es, del demonio, porque, ¿quién otro será maestro de mudar la figura del cuerpo, sino el que transformó en malicia la imagen del alma? Él sin duda es el que compuso este artificio, para en nosotros poner en Dios las manos en cierta manera. Lo con que se nace, obra de Dios es; lo que se finge y artiza (m), obra será del demonio. Pues ¿qué maldad, á la obra de Dios sobrepone lo que ingenia el demonio? Nuestros criados no toman ni prestado de los que nos son enemigos; el buen

(i) Vale lo mismo que fornicacion. Es voz que ya no se usa.

(l) Lib. De cultu foeminarum.

(m) Artizar es lo mismo que hacer por arte. No está en uso.

soldado no desea merced del que á su capitan es contrario, que es aleve encargarse del enemigo de aquel á quien sirve, y recibir ayuda y favor de aquel malo el cristiano, si ya le llamo bien con tal nombre, si es ya Cristo. Porque mas es de aquel cuyas enseñanzas aprende. Mas, ¿cuán ajena cosa es de la enseñanza cristiana de lo que profesais en la fe! Cuán indigno del nombre de Cristo traer cara postiza, las que se os mandó que en todo guardéis sencillez; mentir con el rostro, las que se os veda mentir con la lengua; apeteer lo que no se os da, las que os debeis abstener de lo ajeno; buscar el parecer bien, las que teneis la honestidad por oficio! Creedme, benditas; mal guardaréis lo que Dios os manda, pues no conservais las figuras que os pone. Y aun hay quien con azafran muda de su color los cabellos. Afréntanse de su nacion; duélense por no haber nacido alemanas ó inglesas, y así procuran desnaturalizarse en el cabello siquiera. Mal agüero se hacen colorando su cabeza de fuego. Persuádense que les está bien lo que ensucian. O cierto, las cabezas mismas padecen daño con la fuerza de las lejías. Y cualquier agua, aunque sea pura, acostumbrada en la cabeza, destruye el cerebro, y mas el ardor del sol con que secan el cabello y le avivan. ¿Qué hermosura puede haber en daño semejante, ó qué belleza en una suciedad tan enorme? Poner la cristiana en su cabeza azafran, es como ponerlo al ídolo en el altar; porque en todo lo que se ofrece á los espíritus malos, sacados los usos necesarios y saludables á que Dios lo ordenó, el usar dello puede ser habido por cultura de ídolos. Mas dice el Señor (a): «¿Quién de vosotras puede mudar su cabello ó de negro en blanco ó de blanco en negro?» ¿Quién? Estas que desmienten á Dios. Veis, dicen, en lugar de hacerle de negro blanco, le hacemos rubio, que es mudanza mas fácil. Demás de que, tambien procuran de mudarle de blanco en negro las que les pesa de haber llegado á ser viejas. Oh desatino, oh locura, que se tiene por vergonzosa la edad deseada, que no se asconde el deseo de hurtar de los años, que se desea la edad pecadora, que se repara y se remedia la ocasion del mal hacer. Dios os libre á las que sois hijas de la sabiduría, de tan grande necesidad. La vejez se descubre mas cuando mas se procura encubrir. ¿Esa debe de ser sin duda la eternidad que se nos promete, traer moza la cabeza? Esa la incorruptibilidad de que nos vestiremos en la casa de Dios, la que da la inocencia? Bien os daís prisa al Señor, bien os apresurais por salir deste malvado siglo las que teneis por feo el estar vecinas á la salida. A lo menos deidme, ¿de qué os sirve esta pesadumbre de aderezar la cabeza? ¿Por qué no se les permite que reposen á vuestros cabellos, ya trenzados, ya sueltos, ya derramados, ya levantados en alto? Unas gustan de recogerlos en trenzas, otras los dejan andar sin orden y que vuelen ligeros con sencillez nada buena; otras, demás desto, les añadis y apegais no sé qué monstruosas demasias de cabellos postizos, formados á veces como *chapeo* (b), ó como vaina de la cabeza, ó como cobrtera de vuestra mollera, á veces echados á las es-

(a) Matth., cap. 5, v. 36.

(b) Lo mismo que sombrero. Es voz antigua.

paldas, ó sobre la cerviz empinados. ¡Maravilla es cuanto procurais estrellaros con Dios, contradecir sus sentencias! Sentenciado está (c) que «ninguno pueda acrecentar su estatura». Vosotras, si no á la estatura, á lo menos añadis al peso, poniendo tambien sobre vuestras caras y cuellos no sé qué costras de saliva y de masa. Si no os avergonzais de una cosa tan desmedida, avergonzáos siquiera de una cosa tan sucia. No pongais, como iguales, sobre vuestra cabeza santa y cristiana los despojos de otra cabeza por ventura sucia, por ventura criminosa y ordenada al infierno. Antes alanzad de vuestra cabeza libre esa como postura servil. En balde os trabajais por parecer bien tocadas, en balde os servis en el cabello de los maestros que mejor lo aderezan, que el Señor manda que lo cubrais (d). Y creo que lo mandó porque algunas de vuestras cabezas jamás fuesen vistas. Plega á él que yo, el mas miserable de todos, en aquel público y alegre dia del regocijo cristiano alce la cabeza, siquiera puesto á vuestros piés, que entonces veré si resucitais con albayalde, con colorado, con azafran, con esos rodetes de la cabeza, y veré si á la que saliere así pintada la subirán los ángeles en las nubes al recibimiento de Cristo. Si son estas cosas buenas, si son de Dios, tambien entonces se vendrán á los cuerpos y resucitarán, y cada una conocerá su lugar. Pero no resucitarán mas de la carne y el espíritu puros. Luego las cosas que ni resucitarán con el espíritu ni con la carne, porque no son de Dios, condenadas cosas son. Absteneos pues de lo que es condenado. Tales os vea Dios ahora, cuales os ha de ver entonces. Mas diréis que yo, como varon y como de linaje contrario, vedo lo lícito á las mujeres, como si permitiese yo algo desto á los hombres. ¿Por ventura el temor de Dios y el respeto de la gravedad que se debe, no quita muchas cosas á los varones tambien? Porque sin ninguna duda, así á los varones por causa de las mujeres, como á las mujeres por contemplacion de los hombres, les nace de su naturaleza viciosa el deseo de bien parecer. Que tambien nuestro linaje sabe hacer sus embustes: sabe *atusarse* (e) la barba, entresacarla, ordenar el cabello, componerle, dar color á las canas, y quitar, luego que comienza á nacer, el vello del cuerpo, pintarle en partes con afeites afeminados, y en partes alisarse con polvos de cierta manera; sabe consultar el espejo en cualquiera ocasion, ó mirarse en él con cuidado. Mas la verdad es, que el conocimiento que ya profesamos de Dios, y el despojo del desear aplacer, y la pausa que prometemos de los excesos viciosos, huye destas cosas todas, que en sí no son de fruto, y á la honestidad hacen notable daño. Porque adonde Dios está, allí está la limpieza, y con ella la gravedad, ayudadora y compañera suya. Pues ¿cómo seremos honestos si no curamos de lo que sirve á la honestidad como propio instrumento, que es el ser graves? O ¿cómo conservaremos la gravedad, maestra de lo honesto y de lo casto, si no guardamos lo severo así en la cara como en el aderezo, como en todo lo que en nuestro cuerpo se ve? Por lo cual tambien en los vestidos po-

(c) Matth., cap. 6, v. 27.

(d) I, Ad corinth., cap. 11.

(e) Atusar significa propriamente cortar el pelo con tijera.



ned tasa con diligencia, y desechad de vosotras y de los las galas demasiadas; porque, ¿qué sirve traer el rostro honesto y aderezado con la sencillez que pide nuestra profesion y doctrina, y lo demás del cuerpo rodeado de esas burlerías de ropas ajironadas y pomposas y regaladas? Qué fácil es de ver cuán junta anda esa pompa con la lascivia, y cuán apartada de las reglas honestas, pues ofrece al apetito de todos á la gracia del rostro, ayudada con el buen atavío; tanto, que si esto falta, no agrada aquello, y queda como descompuesto y perdido. Y al revés, cuando la belleza del rostro falta, el lucido traje cuasi suple por ella. Aun á las edades quietas ya y metidas en el puerto de la templanza, las galas de los vestidos lucidos y ricos las sacan de sus casillas, é inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando mas el sainete del traje que la frialdad de los años. Por tanto, benditas, lo primero, no deis entrada en vosotras á las galas y riquezas de los vestidos, como á rufianes que sin duda son y alcabuetes; lo otro, cuando alguna usare de semejantes arreos, forzándola á ello ó su linaje ó sus riquezas ó la dignidad de su estado, use dellos con moderacion quanto le fuere posible, como quien profesa castidad y virtud, y no dé riendas á la licencia con color que le es fuerza; porque, ¿cómo podrémos cumplir con la humildad que profesamos los que somos cristianos, si no cubijais como con tierra el uso de vuestras riquezas y galas que sirve á la vanagloria? Porque la vanagloria anda con la hacienda. Mas diréis: ¿No tengo de usar de mis cosas? ¿Quién os lo veda que useis? Pero usad conforme al Apóstol, que nos enseña (a) que usemos deste mundo como si no usásemos dél. Porque, como dice, «todo lo que en él se parece vuela. Los que compraren, dice, compren como si no poseyesen (b).» Y esto ¿por qué? Porque habia dicho primero (c), «el tiempo se acaba.» Y si el Apóstol muestra que aun las mujeres han de ser tenidas como si no tuviesen, por razon de la brevedad de la vida, ¿qué será destas sus vanas alhajas? ¿Por ventura muchos no lo hacen así, que se ponen en vida casta por el reino del cielo, privándose de su voluntad del deleite permitido y tan poderoso? ¿No se ponen entredicho algunos de las cosas que Dios cria, y se contienen del vino y se destierran del comer carne, aunque pudieran gozar dello sin peligro ni solicitud, pero hacen sacrificio á Dios de la afición de sí mismos en la abstinencia de los manjares? Harto habeis gozado ya de vuestras riquezas y regalos, harto del fruto de vuestras dotes. ¿Habeis por caso olvidado lo que os enseña la voz de salud? Nosotros somos aquellos en quien vienen á concluirse los siglos (d); nosotros á los que, siendo ordenados de Dios antes del mundo para sacar provecho y para dar valor á los tiempos (e), nos enseña él mismo (f) que castigemos, ó como si dijésemos, que caestremos el siglo; nosotros somos la circuncision general de la carne y del espíritu (g), por-

(a) 1. Ad corinth., cap. 7, v. 15.

(b) Ibid., v. 30. (c) Ibid., v. 29.

(d) 1. Ad corinth., cap. 10, v. 11. (e) Ad ephes., cap. 4, v. 4.

(f) 11. Ad corinth., cap. 6, v. 9.

(g) Ad philippens., cap. 3, v. 3.

que cercenamos todo lo seglar del alma y del cuerpo. ¿Dios sin duda nos debió de enseñar cómo se cocerian las lanas, ó en el zumo de las yerbas ó en la sangre de las ostras? ¿Olvidósele, cuando lo crió todo, mandar que naciesen ovejas de color de grana ó moradas? ¿Dios debió de inventar los telares do se tejen y labran las telas, para que labrasen y tejiesen las telas delicadas y ligeras, y pesadas en solo el precio? Dios debió de sacar á luz tantas formas de oro para luz y ornamento de las piedras preciosas? Dios enseñaría horadar las orejas con malas heridas, sin tener respeto al tormento de su criatura ni al dolor de la niñez, que entonces se comienza á doler, para que de aquellos agujeros del cuerpo, soldadas ya las heridas, cuelquen no sé qué malos granos? Los cuales los partos se engieren por todo el cuerpo en lugar de hermosura; y aun hay gentes que al mismo oro, de que haceis honra y gala vosotras, le hacen servir de prisiones, como en los libros de los gentiles se escribe. De manera que estas cosas, por ser raras, son buenas, y no por sí. La verdad es, que los ángeles malos fueron los que las enseñaron, ellos descubrieron la materia, y los mismos demostraron el arte. Juntóse con el ser raro la delicadez del artificio, y de allí nació el precio, y del precio la mala codicia que dello las mujeres tienen, las cuales se pierden por lo precioso y costoso. Y porque estos mismos ángeles que descubrieron los metales ricos, digo la plata y el oro, y que enseñaron cómo se debian labrar, fueron tambien maestros de las tinturas con que los rostros se embellecen y se coloran las lanas, por eso fueron condenados de Dios, como en Enoch se refiere. Pues ¿en qué manera agradarémos á Dios, si nos preciamos de las cosas de aquellos que despertaron contra sí la ira y el castigo de Dios? Mas háyalo Dios enseñado, háyalo permitido, nunca Esaias (h) haya dicho mal de las púrpuras, de los joyeles; nunca haya embotado las ricas puntas de oro; pero no por eso, haciendo lisonja á nuestro gusto, como los gentiles lo hacen, debemos tener á Dios por maestro y por inventor destas cosas, y no por juez y pesquisidor del uso dellas. ¿Cuánto mejor y con mas aviso andarémos si presumiéremos que Dios lo proveyó todo y lo puso en la vida para que hubiese en ella alguna prueba de la templanza de los que le siguen! De manera que, en medio de la licencia del uso, se viese por experiencia él templado. ¿Por ventura los señores que bien gobiernan sus casas no dejan de industria algunas cosas á sus criados, y se las permiten, para experimentar en qué manera usan dellas, si moderadamente, si bien, pues que loado es allí el que se abstiene de todo, el que se recela de la condescendencia del amo? Así pues, como dice el Apóstol (i), «todo es lícito, pero no edifica todo.» El que se recelare en lo lícito, ¿cuánto mejor temerá lo vedado! Decidme qué causa teneis para mostraros tan enjaezadas, pues estáis apartadas de lo que á las otras las necesita; porque ni vais á los templos de los ídolos, ni salis á los juegos públicos, ni teneis que ver con los dias de fiesta gentiles; que siempre por causa destes ayuntamientos, y por razon de ver y de ser vistas se sacan á plaza las galas, ó

(h) Ad philippens., cap. 3. (i) 1. Ad corinth., cap. 10, v. 25.

para que negocie lo deshonesto, ó para que se engria lo altivo, ó para hacer el negocio de la deshonestidad, ó para fomentar la soberbia. Ninguna causa teneis para salir de casa, que no sea grave y severa, que no pida estrechez y encogimiento; porque, ó es visita de algun infiel enfermo, ó es ver la misa ó el oír la palabra de Dios. Cada cosa destas es negocio santo y grave, y negocio para que no es menester vestido y aderezo, ni extraordinario ni polido ni disoluto. Y si la necesidad de la amistad ó de las buenas obras os llama á que veais los infieles, pregunto, ¿por qué no iréis aderezadas de lo que son vuestras armas, por eso mismo, porque vais á las que son ajenas de vuestra fe, para que haya diferencia entre las siervas del demonio y de Dios? ¿Para que les sea como ejemplo y se edifiquen de veros? Para que, como dice el Apóstol, sea Dios ensalzado en vuestro cuerpo? Y es ensalzado con la honestidad y con el hábito que á la honestidad le conviene. Pero dicen algunas: Antes porque no blasfemen de su nombre en nosotras, si ven que quitamos algo de lo antiguo que usábamos; luego ni quitemos de nosotros los vicios pasados. Seamos de unas mismas costumbres, pues queremos ser de un mismo traje, y entonces con verdad ¿no blasfemarán de Dios los gentiles? Gran blasfemia es, por cierto, que se diga de alguna que anda pobre despues que es cristiana! ¿Temerá nadie de parecer pobre despues que es mas rica, ó de parecer sin aseo despues que es limpia? Pregunto á los cristianos, ¿cómo les conviene que anden, conforme al gusto de los gentiles ó conforme al de Dios? Lo que habemos de procurar es, no dar causa á que con razon nos blasfemen. ¿Cuánto será mas digno de blasfemia si las que sois llamadas sacerdotas de honestidad salis vestidas y pintadas como las deshonestas se visten y afeitan, ó que mas hacen aquellas miserables que se sacrifican al público deleite y al vicio, á las cuales, si antiguamente las leyes las apartaron de las matronas y de los trajes que las matronas usaban, ya la maldad deste siglo, que siempre crece, las ha igualado en esto con las honestas mujeres, de manera que no se pueden reconocer sin error! Verdad es que las que se afeitan como ellas poco se diferencian dellas; verdad es que los afeites de la cara, las escrituras nos dicen que andan siempre con el cuerpo *burdel* (a), como debidos á él y como sus allegados. Que aquella poderosa ciudad, de quien se dice (b) que preside sobre siete montes, y quien mereció que la llamase ramera Dios, ¿con qué traje, veamos, corresponde á su nombre? En carmesí se asienta sin duda, y en púrpura y en oro y en piedras preciosas, que son cosas malditas, y sin que pintada ser no pudo la que es ramera maldita. La Tamar, porque se engalanó y se pintó, por eso á la sospecha de Júdas fué tenida por mujer que vendia su cuerpo (c); y como la encubria el rebozo, y como el aderezo daba á entender ser ramera, hizo que la tuviese por tal; quisola y recuestóla, y puso su concierto con ella. De adonde aprendemos que conviene en todas maneras cortar el camino aun

(a) Se toma como adjetivo, y es lo mismo que torpe ó lujurioso. (b) Apocalyp., cap. 17.

(c) Genes., cap. 38, v. 14, 15, 16, 17, 18.

á lo que hace mala sospecha de nosotros. Que ¿por qué la entereza del ánima casta ha de querer ser manchada con la sospecha ajena? Por qué se esperará de vos lo que huis como la muerte? Por qué mi traje no publicará mis costumbres, para que, por lo que el traje dice, no ponga llaga la torpeza en el alma, y para que pueda ser tenida por honesta la que desama el ser deshonesto? Mas dirá por caso alguna: No tengo necesidad de satisfacer á los hombres, ni busco el ser aprobada dellos; «Dios es el que ve el corazón (d).» Todos sabemos eso, mas tambien nos acordamos de lo que el mismo por su Apóstol escribe: «Vean los hombres que vives bien (e).» Y ¿para qué, sino para que la mala sospecha no os toque, y para que seais buen ejemplo á los malos, y ellos os den testimonio? O ¿qué es, si esto no es? Resplandezcan vuestras buenas obras; ó ¿para qué nos llama el Señor luz de la tierra (f)? Para qué nos compara á ciudad puesta en el monte, si nos sumimos y lucir no queremos en las tinieblas? Si escondiéredes debajo del celemin la candela de vuestra virtud, forzoso será quedaros á oscuras, y de fuerza estropearán en vosotras diversas gentes. Las obras de buen ejemplo, estas son las que nos hacen lumbreras del mundo; que el bien entero y cabal no apeetece lo oscuro, antes se goza en ser visto, y en ser demostrado se alegra. A la castidad cristiana no le basta ser casta, sino parecer tambien que lo es; porque ha de ser tan cumplida, que del ánima mane al vestido, y del secreto de la conciencia salga á la sobrehaz para que se vean sus alhajas de fuera, y sean cual convienen ser para conservar perpétuamente la fe. Porque conviene mucho que desechemos los regalos muelles, porque su blandura y demasia excesiva afeinan la fortaleza de la fe y la enflaquecen. Que cierto no sé yo si la mano acostumbrada á vestirse del guante sufrirá pasarse con la dureza de la cadena, ni sé si la pierna hecha al calzado bordado consentirá que el cepo la estreche. Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo mas áspero, y no sentirémos. Dejemos lo apacible y alegre, y luego nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder; que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No ameis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios (g). Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdicion de aquella gente; lo que apartándose de Dios, adoró; y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienas y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, las traspasa y enclava. Las estolas del martirio nos están prestas y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestirnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los apóstoles. Ponéos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y

(d) 1. Reg., cap. 16, v. 7. Ps. vii, v. 10.

(e) Ad philippens., cap. 4, v. 5. (f) Malth., cap. 5, v. 14.

(g) Exod., cap. 32.



callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Subjetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán mas así que si los cercádes de oro. Vestid seda de bondad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor. Esto es el Tertuliano. Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus apóstoles, san Pedro y san Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice san Pedro (a): «Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres. Y san Pablo escribe semejantemente (b): Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.» Este pues sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacia alguna señora deste reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encías, y tornen los dedos por los ojos y lléventos por los oídos, y detrás de los oídos tambien, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen; y despues, dejando el agua, limpieuse con un paño áspero, y queden así mas hermosas que el sol. Añade:

## §. XIII.

La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendición de su marido.

Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (c).

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido y señalado ypreciado entre todos. Y dice esto Salomon, ó en Salomon el Espíritu Santo, no solo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues da honra á sí y ennoblece á su marido, sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona y luz y bendición y alteza de su marido; pues es así que todos conocen y cantan y reverencian, y tie-

(a) 1. Pet., cap. 3, v. 1, 3, 4, 5.

(b) 1. Ad timoth., cap. 2, v. 9. (c) Vers. 25.

nen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte; lo uno por haberle cabido, porque no hay joya ni posesion tan preciada ni envidiada como la buena mujer; y lo otro, por haber merecido que le cupiese; porque, así como este bien es precioso y raro, y don propiamente dado de Dios; así no le alcanzan de Dios sino los que, temiéndole y sirviéndole, se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el *Eclesiástico* (d): «Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.» De arte que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien, en muchos es por su culpa dellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraído y de *aviesa* (e) y revesada condicion, que juega su hacienda, y es un leon en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere ni quiera tener buena mujer; porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal, que la quiera juntar á compañía tan mala, y porque él mismo con su mal ejemplo y vida desvariada la estraga y corrompe. Pero torna Salomon á lo casero de la mujer, y dice.

## §. XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no solo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.

Lienzo tejí y vendílo; franjas dió al cananeo (f).

Cananeo llama al mercader y al que decimos cajero, porque los de aquella nacion ordinariamente trataban desto, como si dijésemos ahora al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á su mayor perfeccion esta pintura que hace, y quiere que la industria y cuidado de la buena casada llegue, no solo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra, y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya y en arreo y provision ajena. Y baste lo que ya acerca desto arriba tenemos dicho.

## §. XV.

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condicion y trato.

Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el dia postrero (g).

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomon llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrada en la condicion, y en su manera y trato desgraciada; sino, como el vestido cime y rodea todo el cuerpo, así ella toda y por todas partes ha de andar cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa. Quiero decir, que ni la diligencia ni la vela ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible, ni menos la buena gracia y la apacible habla, semblante ha de ser muelle ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de

(d) *Eclesiast.*, cap. 26, v. 5. (e) Mal inclinada.

(f) Vers. 24. (g) Vers. 25.

conservar por un día ó por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida, hasta el dia postrero della. Lo cuales propio de todas las cosas que, ó son virtud ó tienen raíz en la virtud, ser perseverantes y casi perpétuas, y en esto se diferencian de las no tales; que estas, como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquellas, como se fundan en firme razon, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida; lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la ve ni le enmollece, antes le pone concierto y le es como una ley de virtud, y así le deleita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica; y borrando dél las tristezas, lava las torpezas tambien; y es gracia que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza della, y aquello en que propiamente consiste, lo declara mas enteramente lo que se sigue.

## §. XVI.

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condicion suave.

Su boca abrió en sabiduria, y ley de piedad en su lengua (a).

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando, razon discreta y habla dulce. Lo primero llama sabiduria, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en esta, que es ser sábia en su razon y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá y tendrá como vida todo lo demás de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por mas bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni mas ni menos la que es brava y de dura y áspera conversacion, ni se puede ver ni sufrir. Y así, podemos decir que todo lo sobredicho hace como el cuerpo desta virtud de la casada que dibujamos; mas esto de ahora es como el alma y es la perfeccion y el remate y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura y discrecion ó sabiduria, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere ó no se la hubiere dado el don de Dios, con dificultad la persuadirémos á que le falta y á que la busque. Porque lo mas propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sábia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar á lostales, es rogarles que callen y que ya que son poco sábias, se esfuerzen á ser mucho calladas. Que como dice el Sábio (b): «Si calla el necio, á las veces será tenido por sábio y cuerdo.» Y podrá ser así, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á ha-

(a) Vers. 26.

(b) *Proverb.*, cap. 17, v. 23.

blar lo que merezca ser oído. Así que, deste mal esta es la medicina mas cierta, aunque ni es bastante medicina ni fácil. Mas, como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben; porque en todas es, no solo condicion agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduria, que el Sábio aquí dice, es no la abrir sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque, así como la naturaleza, como dijimos y dirémos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obliga á que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratacion, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como á la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico; así le limitó el entender, y por consiguiente le tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de la mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que mas bien le está y que mejor le parece. Y así solia decir Demócrito (c) que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque, como en el rostro la hermosura del consiste en que se respondan entre sí las facciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer, en comparacion del marido, es estado humilde, y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga mas, de lo humilde y vergonzoso, que lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco (d) que Fidas, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Venus que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando á entender que las mujeres por la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduria propia y aquella de quien habla aquí Salomon, aunque para aprendida es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condicion, que por la mayor parte nace mas de la voluntad viciosa que de naturaleza errada, es enfermedad mas curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres; porque, si bien se mira, no sé yo si hay cosa mas mostruosa y que mas disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose para el linaje de los leones ó de los tigres, y aun los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo y el ceño y la es-

(c) *Apud Stobaeum*, serm. Lxix.

(d) *Lib. De praeceptis conjugaliis*.



quizez en ellos está bien á las veces; mas la mujer, si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos sangrientos las convidan á crueza, así á ella la figura apacible de toda su disposicion la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios, y las dió al hombre solo para que le guarden la casa, sino tambien para que le consuelen y alegren. Para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres «la gracia de casa». Y llámalas así, en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia ni con otras muchas palabras de buena significacion, apenas comprehendemos todo lo que en aquella se dice; porque dice ase, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz y deleite y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena es tener estas cualidades todas, y entendemos tambien que la que va por aquí, no debe ser llamada, ni la gracia ni la luz ni el placer de su casa, sino el trastodella y el estropezo, ó por darles su nombre verdadero, el *trasgo* (a) y la *estantigua* (b) que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como las casas que son por esta causa asombradas, despues de habertlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitacion donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir della, y todos la aborrecen, y lo mas presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué dice el Sábio? (c) «El azote de la lengua de la mujer brava por todos se extiende, enojo fiero la mujer airada y borracha, es su afrenta perpétua (d).» Conoció yo una mujer que cuando comia reñía, y cuando venia la noche reñía tambien, y el sol cuando nacia la hallaba riñendo, y esto hacia el *disanto* (e) y el dia no santo, y la semana y el mes, y todo el año no era otro su oficio sino reñir; siempre se oia el grito y la voz áspera, y la palabra afrentosa y el deshonor sin freno, y ya sonaba el azote y ya volaba el chapin, y nunca la oí que no me acordase de aquello que dice el poeta (f):

Tesifone, ceñida de crueza  
La entrada, sin dormir de noche y día,  
Ocupa, sueña el grito, la braveza,  
El lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así, era su casa una imagen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso, porque las personas dellas eran, no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde, cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir no se podia dar causa alguna que colorada fuese, sino era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario

(a) Duende.  
(b) Vision ó fantasma, que ofreciéndose á los ojos, causa espanto.  
(c) Ecclesiast., cap. 26, v. 9.  
(d) Ibid., v. 12.  
(e) Domingo ó dia de fiesta. No es voz polltica.  
(f) Ovid., lib iv, Metamorph.

esta señora excedia. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas desta su desenfadada y continua cólera, todas ellas son razones de disparate; la una, porque le parece que cuando riñe es señora; la otra, porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija ó la esclava; la otra, porque su espejo no le mintió ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto ve levanta alboroto. A la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos mas adelante. Dice:

## §. XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro y se han de acostumar á estarse en casa.

*Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde (g).*

Quiere decir que en levantándose la mujer, ha de proveer todas las cosas de su casa y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luego con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se sientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el mediodía, y viene á comer el marido y no hay cosa puesta en concierto. Y habla Salomon desta diligencia aquí, no porque antes de ahora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, mas firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocia de las mujeres cuán mal se hacen al cuidado y cuán inclinadas son al regalo. Y dícelo tambien porque, diciéndole á la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles ni las plazas, ni las huertas ni las casas ajenas. «Rodeó, dice, los rincones de su casa;» para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones della, y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca, y que, porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles. ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído á casa, lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice san Pablo á su discípulo Tito que enseñe á las mujeres casadas? «Que sean prudentes, dice, y que sean honestas y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas (h).» Adonde, lo que decimos, «que tengan cuidado de sus casas,» el original dice así: «Y que sean guardas de su casa.» ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, si-

(g) Vers. 27.  
(h) Ad tit., cap. 2, v. 4, 5.

## §. XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligacion que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos.

*Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla tambien su marido (e).*

Parecerá á algunos que tener una mujer hijos y marido tales que la alaben, mas es buena dicha della que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán. Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto; pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomon aquí, hacer buen marido y criar buenos hijos, y tales, que no solo con debidas y agradecidas palabras le den loor, pero mucho mas con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanta es menester, no sola para sí, sino tambien para sus hijos y su marido. Por manera que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della, y sean como voces vivas que en los oídos de todos canten su loor. Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante (f). Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no es á obligada á ganar y á mejorar su marido? Ciertamente es que son dos cosas las que entre todas tienen para persuadir eficacia: el amistad y la razon. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, ó veamos si hay algun otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto. El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el mas estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razon y la palabra de la mujer discreta es mas eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega mas con el corazón. Muchos hombres habria en Israel tan prudentes y de tan discreta y mas discreta razon que la mujer de Tecua; y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalon á su gracia, Joab, su capitán general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola esta quiso que con su buena razon y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey, justamente indignado (g), y sucedióle su intento; porque, como digo, mejorase y esfuérase mucho cualquiera buena razon en la boca dulce de la sábia y buena mujer. Qué ¿quién no gusta de agrandar á quien ama? O ¿quién no se fia de quien es amado? O ¿quién

no porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro del agua, discurren por ella y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear; así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, midanse con lo que son y contentense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola. Los chinos, en naciendo, les tuercen á las niñas los piés, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir á luz, así dellas el encerrarse y encubrirse. Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religion las lleva y el servicio de Dios, quiere san Pablo (a) que estén así cubiertas, que apenas los hombres las vean, ¿y consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de sustancia, traten, saliendo, de poquedades y menudencias, y forzoso es que, pues no es de su oficio ni natural hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejoran, andando fuera dellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades y edificarán las conciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazones ajenos y emollecen las almas de los que las ven, las que, por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer el vagar por las calles, como Salomon en los *Proverbios* lo dice (b), bien se sigue que ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces en público. Dice bien uno acerca del poeta Menandro (c):

A la buena mujer le es propio y bueno  
El de continuo estar en su morada,  
Que el vagar defuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés, ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendria á ser señalada y nombrada, escriben que dijo (d) que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón. Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luego se sigue. Esto es:

(a) 1. Ad corinth., cap. 11.  
(b) Cap. 7, v. 10.  
(c) Apud Stobaeum, serm. LXXIV.  
(d) Sophocles in Phrixo.

(e) Vers. 28. (f) Ad 1. corinth., cap. 7, v. 14.  
(g) 2. Reg., cap. 14.